

UNA PAREJA MODERNA

Hace unos años, exactamente el 15 de julio de 1.960 se celebró una boda en un pueblo llamado Morón de la Frontera. La pareja estaba formada por una mujer llamada María, que tenía el cabello rubio y rizado, ojos azules y que siempre llevaba una gran sonrisa en la cara: y un hombre llamado José que era más bien rechoncho, con una gran nariz y la cara muy redonda, es decir, era un doble de Sancho Panza, pero eso sí, tenía un corazón que no le cabía en el pecho.

La gente del pueblo, a la que le gustaba siempre criticar, hacía que esta pareja tuviera que aguantar muchos malos comentarios: “¡No puede ser que Sancho por fin haya encontrado a esa ansiada Dulcinea que tanto deseaba Don Quijote! ¡Pero como vea con quien está, poca gracia le hará!”.

Pero ellos no le hacían caso, cuanto más escuchaban esos comentarios más se demostraban el cariño que se tenían el uno al otro y la relación se hacía mucho más fuerte. Tan poca cuenta echaron a estos comentarios que no os podéis imaginar cómo le pidió matrimonio José a María. A él se le ocurrió la idea de organizar un viaje a Castilla la Mancha. María no estaba muy contenta con esa idea, ya que por los años que corrían, ella veía mucho mejor dejarlo para más adelante, pero al final José la convenció y lo realizaron. En su visita turística fueron a un lugar repleto de molinos de viento, y en un momento José desapareció y volvió montado en un burro. De la forma más bonita posible, con referencias a esos personajes con los que la gente lo asociaba burlescamente, le pidió que se casara con él y pasaran la vida que les quedara juntos.

Volviendo a ese día tan esperado para la pareja, fue un día muy especial y bonito, aunque también muy caluroso, ya que se encontraban a principios de verano. Paso el día y todo salió genial como se esperaba. A la mañana siguiente ya era oficial, ¡eran marido y mujer! Ahora comenzaba una etapa nueva en sus vidas, por fin pasó lo que estaban deseando durante tanto tiempo, se mudaron a una casa los dos juntos y todos los días despertarían juntos. Muchas personas dicen que esta etapa es la peor y que la convivencia puede destruir una relación, otros en cambio decían todo lo contrario, que era la mejor etapa, ya que es cuando se conocerían más y podrían acompañarse mutuamente en todo. Ellos no le echaban cuenta a ningún comentario, solo pensaban en vivir esta etapa nueva de la mejor manera posible y ver como transcurría el tiempo.

Al día siguiente ya tenían que ponerse las pilas, tenían que organizar la casa, redistribuir las tareas... y muchas cosas más. María lo tenía claro, ella no iba a ser la única que iba a estar al cuidado de este nuevo hogar de los dos. Nada más se levantaron, hicieron lo típico, darse los buenos días, lavarse la cara, desayunar y ahora venía lo duro, hablar de las tareas del hogar. José ponía excusas tipo " Yo no sé fregar el suelo, me lío con el agua y al final termino tirando el cubo de agua", pero María ya tenía una respuesta clara, ella decía " no pasa nada, recoges el polvo con el escobón y el recogedor, que eso no tiene agua ni nada que derramar". También tenía otras quejas: " ¿cómo voy a cocinar si no sé hacer ni un huevo frito?, ¿eso se hace en la freidora?, pero ahí estaba María para contestarle: " ¡En la sartén!, pero no te preocupes, yo cocino y tú friegas y si no quieres ya te enseñaré a hacer un buen puchero con arroz y garbanzos".

Al final, consiguieron llegar a un acuerdo donde los dos aportaban una cosa distinta, pero cada tarea de la casa que hacían complementaba a otra que estaba por realizar, de tal forma que los dos se ayudaban mutuamente en las tareas del hogar y no se les hacía tan pesado.

Con el paso de los años tuvieron dos niñas y un niño, y el mismo procedimiento que siguieron ellos para aportar su granito de arena, lo hicieron con ellos, independientemente del género al que pertenecían. Una de sus niñas se llamaba Martina, a esta le encantaba limpiar el polvo y siempre que llegaban los sábados ponía en el radiocasete una cinta de Mecano o de los Hombres G, ¡y a bailar ya limpiar se ha dicho! En cambio, a la otra niña llamada Lola limpiar el suelo lo hacía como ningún otro, ya sea barrerlo o fregarlo, ¡no dejaba ni una mota de polvo! Por último, el niño, Juan, había heredado la habilidad de la madre para cocinar, era su pinche de cocina oficial.

En resumen, en esta familia cada uno aportaba algo para ayudarse mutuamente en las tareas de la casa de forma que resultaba muy fácil hacerlas. Este ejemplo de familia era muy inusual en los tiempos que corrían, ya que antes las tareas del hogar solían recaer solo sobre las mujeres, que dedicaban toda su vida solo al cuidado de la casa y de los hijos.